

Valores

Francisco J. Alarcos Martínez

*Las cosas no valen sino aquello
que se las hace valer.*

Molière

Hablar de valores en relación con la construcción biográfica de las personas entraña un doble significado. En primer lugar, porque los valores no existen como entidades eidéticas por sí mismas, sino como concepciones semióticas encarnadas en las conciencias racio-emocionales de las personas. Y, en segundo lugar, porque los valores representan e identifican la idiosincrasia, las ideas y las creencias de las personas que los aceptan o ponen en práctica como una pertenencia de suyo propia. De hecho, los seres humanos organizamos nuestras vidas en función de una serie de instrumentos de orientación que, a modo de brújula, nos ayudan a situarnos en el mapa de la propia historicidad existencial. Entre estos instrumentos se encuentran los valores, que representan una de las más importantes guías desde las que autodirigir nuestras vidas. Parece que, para no sentirnos perdidos en la vida personal y social, es preciso conocer aquellos valores que verdaderamente merecen la pena, que realmente nos humanizan y contribuyen a hacer un cosmos ¡más humano, deseable y mejor para todos.

En la misma medida, los valores nos sirven de guía porque nos permiten configurar nuestro modo de ser y estar en la vida. Y ello, porque los valores tienen un componente afectivo (pueden estar motivados por sentimientos o deseos emocionales), un componente intelectual (pueden ser aceptados, compartidos y defendidos racionalmente) y un componente experiencial (se pueden llevar a la práctica). Desde estos tres horizontes de sentido, los valores pueden ser entendidos como categorías definitorias de ciertos ámbitos fenomenológicos de la realidad humana, al mismo tiempo que como realidades objetivas y/o subjetivas que dicho ser humano puede o no estimar en cualquier realidad cercana o ajena a él.

En sentido genérico, se pueden definir los valores como cualidades que poseen las cosas en relación con el ser humano. Los valores son, en primer lugar, cualidades pertenecientes a las cosas. Poseen una dimensión objetiva, aunque no son nunca cosas, sino cualidades de las cosas.

Las cosas podrán tener o no tener "valor", pero dichos valores no son identificables con las cosas, sino que "son tenidos" por las cosas. Son, pues, una clase particular de cualidades que residen en los objetos o cosas. No se perciben con los sentidos corporales, como los olores o colores, y ni siquiera se entienden, como los números y los conceptos. Sólo cabe sentirlos o, mejor, estimarlos o desestimarlos. Pero, en segundo lugar, y ésta es su dimensión subjetiva, los valores no existen sino para aquellos sujetos dotados de facultad

estimativa; sólo se dan y tienen significado para los seres humanos, puesto que el resto de los seres vivos (animales o vegetales), y mucho menos los seres inanimados, no tienen ni pueden desarrollar esa capacidad valorativa.

Poseen, pues, los valores una doble dimensión: **objetiva**, dado que son cualidades que pertenecen a la realidad y no pueden reducirse a lo que el hombre sienta o estime respecto a ellas, y **subjetiva**, porque sin relación con el ser humano, sin que éste pueda captar y desvelar su existencia, los valores tampoco tendrían existencia independiente.

Por tanto, los valores son aquellas cualidades que hacen ser a una realidad dada digna de una determinada estimación o consideración axiológica por parte de un sujeto valorante. De ahí que constituyan, en cierto modo, las estructuras por las cuales un ser humano se orienta en la vida, organiza su existencia y asume responsablemente las decisiones que, desde su autonomía y sus circunstancias vitales, le vayan posibilitando ser él mismo frente a todos los objetos o sujetos que cohabitan con él en su urdimbre histórico-biográfica.

Los valores tienen, pues, un significado referencial en base al cual interpretamos y estimamos los diferentes hechos, situaciones o realidades de nuestra existencia. De ahí que estas realidades tengan un importante nivel de apertura, dinamismo y creatividad, dado que son plurales, cambiantes y diversas. La moralidad de los seres humanos vendrá sistematizada, en gran medida, por la importancia y el modo de jerarquización de los valores que cada uno haya asumido como propios para poder llevar a cabo su proyecto existencial y, de este modo, vivir y convivir biográficamente consigo mismo, con el mundo de las cosas y con el resto de los seres humanos que comparten existencia con él. En este sentido, se podría decir que no solamente tenemos valores, sino que, además, los valores nos tienen a nosotros.

Una vez incorporados, nos configuran y moldean. Somos, pues, el reflejo de nuestro patrón axiológico.

Pero ¿qué es un valor y qué son los valores? La palabra "valor" designa, genéricamente, una cualidad atribuida a los objetos, en cuanto el sujeto reconoce en ellos algo digno de atracción o de repulsión. Los valores serían aquellas cualidades de una realidad cognoscitiva para el sujeto (objetos o sujetos, cosas o personas) que se estima como buena, como "valiosa". De forma genérica, afirmamos que una realidad concreta "tiene valor" cuando es deseable por sí misma o se juzga superior a otras realidades, en el sentido de que es mejor que otras realidades o es lo más destacado que posee dicha realidad. Por ello, lo que verdaderamente "vale" no es el objeto o la cosa en sí misma, sino que lo valioso se encuentra adherido a ella y está en relación con el sujeto que la valora, dado que le otorga y confiere valor.

Así, para el filósofo Risieri Frondizi, el valor es "una cualidad estructural que surge de la reacción de un sujeto frente a propiedades que se hallan en un objeto". Es decir, el valor es algo fundamentalmente relacional. Hablamos no de una estructura, sino de una cualidad estructural que surge de la reacción de un

sujeto frente a las propiedades que se hallan en un objeto. Por otra parte, esa relación no se da en el vacío, sino en una situación física y humana determinada". El problema está en deliberar y decidir qué vale como bueno (el valor) y qué vale como malo o no vale (el antivalor o contravalor), y eso dependerá tanto de la cosa que sea "valiosa" o "no valiosa" como del sujeto que la perciba o interprete como tal.

Los valores éticos tienen que ver con las dimensiones intelectual y práctica del actuar humano, es decir, con el pensar y el obrar que pertenecen a toda acción humana en cuanto ésta puede ser objeto de calificación de buena o de mala. Y es que los conceptos de bondad y/o maldad del comportamiento humano, derivados de los valores morales de lo bueno y de lo malo, determinan el orden de lo moral o inmoral de nuestras acciones. Sin embargo, el *factum* de la voluntad humana para hacer el bien o hacer el mal no determina, por sí solo, que la persona sea buena o mala en sí misma, ni que sus actos sean calificados unilateralmente con estos adjetivos, dado que en dicho *factum moral* concurren una serie de factores y de componentes que delimitan las bases del obrar humano.

Así pues, para que una acción sea tenida como moral, requerirá muchos más elementos a tener en consideración que los simples valores del bien y del mal. Elementos que, en clave filosófica, componen lo que entendemos por estructura antropológica de la moralidad, que no es otra cosa que toda una serie de valores, principios, deberes, normas, etc., aplicados a una determinada actitud y acción, cuya lectura y juicio moral dependerá del objeto, las circunstancias y el fin que estas acciones o decisiones persigan. La moralidad del obrar humano, esto es, los valores de bondad o maldad de dichas acciones, quedará determinada principalmente, pues, por el objeto moral elegido, por las circunstancias que rodean dicha decisión y por los fines que se intenten conseguir. Pero, además, hemos de tener en consideración otros elementos que participan a la hora de decidir o actuar libremente en un sentido u otro, tales como la conciencia moral, las pasiones, los hábitos, las costumbres, las razones, las creencias, el estado de ánimo, etc. Elementos que configuran la interpretación del acto moral y que complejizan la mera distinción axiológica entre lo bueno y lo malo de una acción.

Con todo, y aunque partamos de una visión global del obrar moral humano, los valores desempeñan un papel esencial para la vida humana.

Los seres personales incluimos siempre valores en nuestra manera de pensar y sentir la vida, así como en nuestra toma de decisiones cotidiana. Igualmente, los valores ayudan a hacer posible el desarrollo de muchas de las actividades humanas en la medida en que dependan o estén sustentadas en valores concretos. Así pues, los valores están ligados a la propia existencia y afectan a la propia conducta, ya que configuran y modelan gran parte de nuestros pensamientos y actos.

De hecho, el hombre se construye y crece como persona mediante la realización de una serie de valores. Es más, los seres humanos incluimos siempre valores en nuestra toma de decisiones y en el imaginario práxico de nuestra vida. En nuestras vidas, los valores son tanto o más importantes que nuestras acciones, incluso más que los propios acontecimientos vitales, puesto que en muchas ocasiones con ellos trazamos nuestro proyecto de vida y por ellos “trabajamos, sufrimos y hasta morimos”. Pero para que el *factum* axiológico de la existencia humana sea realmente bueno, es decir, tenga una gran connotación de humanidad, deberá sustentarse en la razonabilidad de unos valores que bien podríamos designar como fundamentales, como son la vida, la libertad o la dignidad. Valores primarios o protocategorías morales esenciales sin las cuales sería muy difícil fundamentar una buena ética personal y social, y sin las cuales serían impensables otros valores que permitan realizarse a la persona y vivir humanamente en el mundo y con los demás.

Además, los valores tienen un claro componente metafísico, que nos hace preguntarnos si son objetivos o subjetivos, absolutos o relativos, reales o ideales, inmanentes o trascendentes al objeto y al sujeto, etc. La respuesta a cada uno de estos interrogantes nos permitirá aproximarnos, aún más, a la naturaleza y razón de ser de los valores para el ser humano.

Los valores humanos

Si afirmamos que los valores son aquellos bienes o cualidades que el ser humano necesita para vivir, los ideales que se precisan para llevar a cabo una existencia plena, hemos de decir a continuación que entonces no es posible vivir sin alguna axiología mínima, ya sea ésta objetiva o subjetiva, real o imaginaria, buena o mala, recomendable o reprobable, útil o inútil, justa o injusta, etc. Sin estos referentes o ideales, sería inconcebible una vida auténticamente humana.

Pero los valores no sólo actúan como referentes culturales, sino como vectores decisionales y preferenciales de la persona hacia lo que es “valioso” en sí mismo, tanto para ella como para la sociedad

en la que vive. En este sentido, en palabras de Reiner, un valor es “eso que en un ser hace que éste se nos presente como digno y, por tanto, como grato”. Por eso, afirma Victoria Camps, “los valores son cualidades de las cosas que promueven nuestro interés, que atraen y repelen, y sólo puede tener valor aquello cuya existencia complace”, y que, en el fondo, nos humanizan.

Así pues, habrá de considerarse valioso todo aquello que contribuya al desarrollo o perfeccionamiento del ser humano en cuanto tal.

Por otro lado, los valores fueron definidos por Ortega como una “sutil casta de objetividades que nuestra conciencia encuentra fuera de sí”, algo que está ahí presente en la vida de los hombres, con una jerarquía concreta y definida por cada persona o colectividad, pero que son casi efímeros si no se perciben y se estiman como algo importante para la vida. De hecho, según Ortega, hay

valores de muchos y diferentes tipos, entre los que destacan los útiles, vitales, intelectuales, morales, estéticos y religiosos.

De la existencia de esta multiplicidad de valores, sistematizados desde diferentes cosmovisiones filosóficas y culturales, deducimos que la realización y seguimiento de los valores genera una exigencia moral de humanización de lo humano, esto es, los valores tienen como fin no sólo que sean "valiosos" para nuestra vida, sino también plenamente humanizadores para la misma.

Si los valores espontáneos son objetivos, en tanto que se aprehenden de manera inmediata o intuitiva por el sujeto que los siente, sin reducirse a meras valoraciones subjetivas, los valores ilustrados encierran una serie de características más profundas: en primer lugar, tienen una doble polaridad (pueden ser positivos o negativos) y una cierta gradación (pueden ser poseídos o realizados con mayor o menor intensidad); en segundo lugar, existe entre ellos una jerarquía (unos son más prioritarios o importantes que otros); en tercer lugar, se viven y se dan en el marco de una sociabilidad (se expresan dentro de la convivencia humana), lo que supone un cierto nivel de conflictividad; y, por último, tienen también cierto carácter emotivista o emocional, aunque en la mayor parte de ellos se da el dualismo sentimiento-razón.

En uno u otro sentido, tanto los valores espontáneos como los ilustrados forman parte ineludible de la persona como agente de moralidad y de axiología existencial. En este sentido, resulta necesario averiguar quién y cómo es la naturaleza ontológica de ese ser que alberga, instala y estima los valores que hay o puede haber en su relación con las cosas o con los demás seres humanos. Por ello, vamos a intentar decir algo acerca del vínculo existente entre los valores humanos y la realidad personal que los posee.

Desde lo ya dicho hay que afirmar otra característica de los valores humanos: la necesidad de *soporte*. Esta característica no es una cuestión marginal. Con demasiada frecuencia se asiste a discursos sobre los valores como si éstos pendiesen de hilos procedentes del espacio sideral. Esto es de extraordinaria importancia para no hacer planteamientos axiológicos sin tener presente que no hay posibilidad de valores sin un soporte. La persona es valiosa en sí misma porque es soporte de valores y se soporta en unos determinados valores. Atendiendo al soporte podemos jerarquizar el mundo de los valores. Por ejemplo, los valores materiales están soportados en cosas. Las cosas no soportan cualquier valor. Los valores vitales no pueden nunca estar soportados por objetos inanimados; sólo los seres vivos pueden soportar el valor vida o muerte, salud o enfermedad.

Pero lo más interesante es que hay un universo de valores que sólo lo pueden soportar los seres humanos, ni las cosas ni el resto de los seres vivos, a saber, los valores espirituales. Los valores lógicos, jurídicos, estéticos, éticos o religiosos sólo los pueden soportar personas. Y lo más curioso, además, es que cuanto más alto es un valor mucho más frágil es su soporte. Dicho con otras palabras, la jerarquización o importancia de los valores no es arbitraria. Hay un ordenamiento objetivo atendiendo al soporte, sea este material, vital o espiritual.

Si bien es cierto que el ser humano tiene un soporte material sobre el que se sostiene su vida, y sobre ésta su espiritualidad, y que ello es lo que le confiere un valor sustantivamente distinto y superior a todas las demás realidades no humanas, aquí también nos encontramos con una gran dificultad inicial. A pesar de lo mucho que se ha avanzado en el pensamiento y en el desarrollo histórico evolutivo, el ser humano sigue siendo todavía un misterio indefinible, tanto para sí mismo como para los demás.

La pregunta "¿quién es el hombre?" continúa estando presente y vigente. En palabras de Heidegger, "en ninguna época se ha sabido tanto y tan diverso con respecto al hombre como en la nuestra. En ninguna época se expuso el conocimiento acerca del hombre en forma más penetrante ni más fascinante que en ésta. Ninguna época, hasta la fecha, ha sido capaz de hacer accesible este saber con la rapidez y facilidad que la nuestra. Y, sin embargo, en ningún tiempo se ha sabido menos acerca de lo que el hombre es.

Por otro lado, el concepto *persona* se opone a otros dos conceptos igualmente ontológicos: *cosa* y *animal*, aunque de manera bien distinta. Entre las personas y los animales hay más similitudes que entre las personas y las cosas, sobre todo porque las cosas son meros entes materiales inanimados y los animales tienen eso que algunos llaman "animación" y "sensibilidad". Sin embargo, una persona no es un animal, ni tampoco una cosa cualquiera, y sólo los seres humanos poseen y son capaces de dotar de contenido a la realidad axiológica. Igualmente, hay quienes distinguen también entre *persona* y *ser humano*. Se puede ser persona y no ser al mismo tiempo un ser humano (por ejemplo, las personas divinas, las personas angélicas o las personas diabólicas), pero también hay seres o cosas que son humanos y no son personales (por ejemplo, el hombre de Cro-Magnon o los primeros homínidos, pero no pueden ser vistos o entendidos como personas, en el sentido que hoy se habla de seres personales).

Persona humana es, pues, algo añadido a persona y a humano; es la combinación de estos dos vocablos. Cabe así un concepto de persona al margen de lo humano, y otro concepto de hombre al margen de lo personal. Así, por ejemplo, en el mundo romano los esclavos eran hombres, pero no eran personas.

Del mismo modo, en diversas religiones los dioses son personas, pero no son hombres. Con todo lo visto, podemos afirmar que la idea de persona no se superpone con la idea de hombre, sino que puede o no interrelacionarse con ella, y sólo los seres personales son generadores, portadores y soportes de valores humanos.

Por todo lo apuntado, el problema de definir el concepto de *persona* deberá ser enfocado desde diversos planteamientos o perspectivas categoriales, pasando desde planos meramente metafísicos o espirituales a otros más jurídicos, sociológicos o psicológicos. En este sentido, se puede hablar de tres líneas o perspectivas sobre la comprensión conceptual de la persona humana: la histórico-teológica, la jurídica y la antropológico-cultural.

– **Perspectiva histórico-teológica:** en esta primera perspectiva resulta imprescindible exponer la visión que nos ofrecen la cultura helénica, la romana y la cristiana. Desde un punto de vista histórico, el concepto de *persona* aparece ligado a las disputas cristológicas que tuvieron lugar en los primeros concilios del cristianismo primitivo (Nicea, Éfeso, Calcedonia, etc.). Los concilios, en sus discusiones teológicas sobre las personas divinas, dejaron claro que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son personas únicas y distintas entre sí, aunque en la segunda persona de la Trinidad distinguieron entre naturaleza humana y naturaleza divina (unión-hipostática de lo humano con lo divino en la persona de Cristo). Así, para la teología cristiana, “ser persona” equivale a “ser individual”.

– **Perspectiva jurídica:** en esta segunda perspectiva habría que partir de la visión de la persona recogida en el derecho romano, que recibió una gran influencia de la teología cristiana primitiva. Es, en esta segunda perspectiva, desde donde se va a aportar más aproximación y justeza con el problema filosófico de la persona en el pensamiento ideológico actual. En el ordenamiento jurídico romano “ser persona” equivalía a “ser sujeto”, esto es, a ostentar una serie de derechos y deberes personales y sociales propios de los individuos libres. Esta idea subyace en la mayor parte de los códigos jurídicos internacionales de hoy día, pues el reconocimiento de la identidad personal va parejo a la consecución de unos derechos y deberes fundamentales e inalienables que le son propios.

– **Perspectiva antropológico-cultural:** la visión antropológica de la persona encierra, en gran medida, todo aquello que aportan las ciencias médicas, biológicas, psicológicas, antropológicas, etc., acerca de las personas y sus modos fenomenológicos de ser. La antropología intenta acercarse a la persona desde su naturaleza y su cultura, pero también desde la estructura de su manifestación exterior, esto es, su personalidad y costumbres vitales.

La persona humana sería, pues, un complejo entre lo biológico, lo psicológico y lo cultural, concretizándose en cada caso particular en distintos biotipos culturales.

Con todo, estas visiones acerca de la identidad y naturaleza de la persona no deben considerarse como las únicas capaces de explicar y agotar el misterio insondable que encierra el doble interrogante: qué es el ser humano y quién es la persona humana.

De hecho, el concepto de persona es de central importancia para la ética, pues, según la noción y concepción que se haga de la persona humana (tanto a nivel descriptivo-ontológico como normativo- moral), así será la reflexión y el análisis que se haga sobre muchos temas éticos.

La persona, *grosso modo*, es un actor racional y cognitivo, pero también emocional y espiritual.

No es reducible el ser persona a la sola cualidad intelectual, sino más bien al amplio abanico de imágenes que la configuran como tal y que hemos descrito anteriormente de forma general.

La persona es un ser profundo y complejo al mismo tiempo, es un "es" unitario en el que todas las cualidades descriptivas sobre la misma aparecen cohesionadas e imbricadas entre sí. Definir, por tanto, a la persona resulta casi imposible si no se tiene en cuenta una comprensión unitaria y globalizadora de todas sus dimensiones y posibilidades.

Los valores morales

En el campo de la filosofía, el valor constituye el elemento primordial de la llamada "teoría de los valores", es decir, aquel sistema de pensamiento que enmarca el valor como los referentes ideales de la conducta humana. Este sistema da origen a la llamada ciencia de los valores "axiología". Este concepto procede de los vocablos griegos *áxios*, que significa digno de aprecio o valorable en sí mismo, y *lógos*, ciencia o saber. Por eso, la ciencia de los valores se denomina "axiología". En ese sentido, la axiología es una disciplina de la ética cuyas funciones principales son las siguientes:

- a) Determinar en qué consisten los valores (qué son exactamente, de qué cualidades son portadores, qué rasgos los definen...).
- b) Estudiar los mecanismos psicológicos que nos permiten captar los valores tanto en acciones como en objetos.
- c) Clasificar y jerarquizar los valores según criterios de importancia o de sus diferencias de clase (estéticos, económicos, morales...).

Por otro lado, el origen de la ética como ciencia práctica se debe a los griegos, quienes consideraron que su génesis u origen radicaba en el llamado *êthos*, palabra a la que daban dos sentidos fundamentales, el de fuente de la vida humana y el de carácter del ser humano. Por eso, entre la moral, que trata esencialmente del sistema de leyes, normas y costumbres, y la ética, que trata de la valoración moral de los actos humanos, cabe deducir la existencia de un tercer concepto que actúa como fundamento de los actos humanos: el valor ético y moral.

Entendido el ser humano como un ser esencialmente moral, el valor se revela como un elemento consustancial a él. Dicho de otro modo, no puede entenderse la persona humana sin la existencia de valores, ni su desarrollo sin la adopción de dichos valores. Son éstos los que confieren al hombre la dimensión humana y lo sitúan en una escala superior de la vida biológica.

La palabra "valor" procede del verbo latino *valere*, que significa "estar bien, tener salud, vigor, fuerza y energía". Un valor es algo que "está bien", que posea las características propias de lo bueno.

Entendemos, por tanto, "el bien" o "lo bueno", al menos en su sentido propio, como sinónimos de "valor" o de "valioso". Pero para responder a qué es "lo bueno" o "lo valioso" hemos de identificar primero si hay algo real o posiblemente bueno (naturaleza de lo bueno), qué clases de cosas entre éstas son buenas o portadoras de valor (naturaleza de las cosas buenas) y si existen diferentes grados de bondad (escala de bienes).

La solidaridad, la belleza, la justicia, etc., suscitan percepciones en principio positivas, de aprobación o admiración, mientras que la envidia, la maldad o el dolor producen espontáneamente actitudes de rechazo. Por esta preferibilidad, los valores éticos, lejos de ser neutros, tienen una dimensión polar: pueden ser buenos o malos. De hecho, los valores buenos o positivos son aquellos que parecen apreciados, preferibles o deseables *prima facie* por todo ser humano, mientras que los contravalores o valores negativos son, en la mayor parte de las ocasiones, rechazables o no queridos por nadie. Aunque, como en todas las cuestiones filosóficas, siempre puede haber excepciones o visiones discrepantes.

El ser humano, como ser racional y moral, tiene conciencia de sus actos y libertad para realizarlos, pero también puede y debe valorarlos.

En otras palabras, la ética es un saber práctico que tiene como objetivo orientar la conducta humana en orden a determinados valores. El valor es un modelo ideal de realización personal para el ser humano, es decir, un referente, una guía o un criterio que le permite a un individuo pensar y actuar de una determinada manera o, mejor aún, de una manera buena. Lo contrario sería dejarse llevar por los antivalores o contravalores, es decir, valores negativos o perjudiciales para uno mismo o los demás. En palabras de Cortina, aunque el bien y el mal nunca son absolutos en la vida moral, hay moral porque existe en el universo un tipo de seres que tienen un valor que sí es absoluto, esto es, las personas.

En virtud de esta identidad entre valor moral y ser personal, todo ser humano, prescindiendo de la edad, del sexo, de la condición social, de la posición ideológica, es portador de valores intrínsecos e inviolables, así como sujeto de derechos inalienables. Sin embargo, en la consideración del lenguaje moral, para muchos autores la persona no es un término de valor, ni siquiera el primero de una serie de valores, sino que es el sujeto fundante de cualquier tipo de valores.

Los valores *no son, pero valen*: no existen como entidades independientes, pero valen en el sentido de que son realidades estimables o apreciables por los seres humanos. Así pues, y aunque somos conscientes de la existencia de múltiples códigos y modos de organizar los valores, según el sistema o paradigma ético en el que nos situemos, preferimos partir de un fundamento humanizador y humanizante de todos con el fin de poder vivir y convivir los unos con los otros.

Valores morales para vivir

Se dice que estamos asistiendo a una gran crisis de valores sociales y culturales, o incluso, parafraseando a Nietzsche, a un derrumbe y una trasmutación crítica de todos los valores tradicionales; que nuestra actual sociedad no tiene valores o que está perdiendo valores que antaño eran esenciales. Quizá el problema tanto de crisis o de declive cuanto de transformación de unos valores por otros, nos guste o no.

Desde una orientación humanizante, podemos hablar de una serie de valores que bien podrían constituir las bases para articular una ética mínimamente defendible y realizable. Son valores que, además de forjar el carácter y la voluntad, sirven para humanizar la naturaleza (el ser) y la praxis (el obrar) de cualquier ser humano.

Para vivir, siendo realistas pero también sin tintes de ingenuidad, sugerimos una serie de valores que bien podrían enmarcar la vida de muchos de nosotros, desde lo que somos, hasta lo que pensamos o hacemos en nuestra vida diaria.

Entre ellos, destacamos los siguientes:

Tolerancia: Todo el mundo tiene el derecho a ser respetado por lo que es y no sólo por lo que vale o tiene, así como a no ser discriminado por ningún tipo de causa o situación. Por el hecho de ser personas, todos somos intrínsecamente iguales y merecedores del máximo respeto. Toda persona es merecedora de nuestro respeto, incluso aunque ésta no se respete a sí misma. La tolerancia nivela a todos los seres humanos y nadie es más que nadie en dignidad. Ser tolerante significa, además, comprender al otro desde su punto de vista. La tolerancia es una actitud, una manera de ser que nos hace solidarios.

– **Compromiso:** el compromiso, como valor fundamental de todo hombre, es una cuestión personal que pertenece a la vida privada de cada uno, es decir, es algo que depende de la opción de vida que cada uno haya tomado. Cuando uno se siente comprometido con alguien o con alguna causa que le haga feliz o que merezca la pena, deberá apostar por introducir en esa dimensión ética de su vida la aspiración a la excelencia, por hacer las cosas lo mejor posible y, también, por tratar de ser feliz haciéndolas.

– **Coherencia:** una de las grandes tentaciones del ser humano es tener un discurso y una actuación concreta que no coinciden; verbalizar unas cosas y

hacer otras. Esto se puede hacer de manera consciente o inconsciente, pero, en cualquiera de las dos posibles hipótesis, habrá que afirmar que dicha actuación no es correcta o, al menos, no siempre es saludable. Hay que pensar como vivimos y vivir como pensamos. La coherencia es la capacidad de hacer las cosas de acuerdo con las propias convicciones. Pero para eso es necesario tener forjada la personalidad, esto es, la condición de posibilidad de la autenticidad humana.

Valores morales para convivir

Entre los valores para aprender a convivir con los demás desde la lógica de la justicia y el bienestar común⁵⁰, que bien pueden ser otros distintos o algunos más de los que aquí vamos a presentar, señalamos los siguientes, siendo conscientes de la relativización o crítica que esta propuesta concreta pueda tener a la hora de ser acogida. Éstos son:

– **Respeto:** por respeto al otro en tanto que otro entendemos, en sentido amplio, el miramiento y la especial atención o preocupación hacia alguna persona o cosa. La calidad del respeto humano se mide por el grado de consideración que se tiene hacia la dignidad de alguna persona. Todo ser humano es persona, y como tal merece un respeto. Este respeto exige al menos dos cosas: no dañar a nadie y tratar a todo el mundo con la dignidad y humanidad que merecen. Además, la consideración de la humanidad del otro como igual pero distinto a mí (semejanza individualidad) supone el valor ético de la reciprocidad alterativa.

– **Responsabilidad:** una característica diferencial de la persona es la de tener responsabilidad.

Ningún otro ser del mundo es capaz de ser consciente y entender aquello que él mismo es y hace. La palabra "responsabilidad" significa, etimológicamente, ser capaz de responder. El ser humano, a diferencia de cualquier otro ser, puede hablar, explicar y justificar los actos que ha realizado con libertad, esto es, puede dar razón de ellos. La responsabilidad es la obligación ética o jurídica de responder de algo propio o ajeno, es decir, ser capaces de explicar por qué se ha actuado de una manera determinada y no de otra. Asimismo, también es la capacidad de compromiso y cuidado de una persona consigo misma o hacia otra.

Debemos ser responsables de lo que hacemos tanto ante nosotros mismos como ante los demás.

– **Solidaridad:** la solidaridad es un valor que denota integración y preocupación por los más débiles y necesitados de la sociedad, así como por aquellos colectivos que presentan un grado de vulnerabilidad social importante.

Es mucha la exclusión social o la marginación que sufren algunos conciudadanos por parte de la sociedad no sólo en actitudes de indiferencia, sino de desprotección de sus derechos elementales. Ante eso es preciso tener con ellos acciones solidarias no sólo porque son personas merecedoras de nuestra ayuda, atención e interés, sino también y sobre todo porque requieren una dedicación especialísima al verse desprovistos del bien máspreciado que tenemos como humanos:

Benevolencia: la benevolencia, querer el bien del otro y hacerle el bien al otro, es una cualidad y un valor que dice mucho de las personas. Son benévolas las personas francas, espontáneas, sencillas, aquellas que no son falsas, hipócritas, ni actúan con mala fe. La benevolencia es una actitud interna, es una tendencia a actuar buscando prioritariamente el bien personal y social, el bien común más que los intereses particulares o grupales.

Valores de nuestra sociedad actual

Una reflexión serena nos permitiría discernir los problemas morales que acucian al hombre actual y que, por decirlo de un modo tajante, pueden poner en serio peligro su modo de vida y su felicidad presente y futura en este planeta.

Son muchos los temas que preocupan e invitan a una seria toma de decisiones, puesto que muchos tienen como causa al propio ser humano y ponen en cuestión la dignidad de las personas y la supervivencia de todos los seres vivos, incluidos los humanos: el hambre, las guerras, la falta de respeto a los derechos humanos, la inmigración, los problemas ecológicos, las injusticias de cualquier tipo, las consecuencias inciertas del progreso biotecnológico, etc. Problemas que nos interpelan y plantean la necesidad de una conciencia ética planetaria tanto a nivel interhumano (ética intercultural) como a nivel medioambiental (ética ecológica).

Paradójicamente, junto al reconocimiento de lo que son problemas globales, el horizonte actual axiológico de nuestra sociedad está teñido de una ingente diversidad de matices y de cosmovisiones que hacen casi imposible dar una respuesta sistemática o completa desde las diferentes visiones existentes. Éste es quizá un dato característico de nuestra época: la coincidencia en el diagnóstico y la dificultad de establecer acuerdos vinculantes entre "extraños morales" para responder a los problemas comunes. La estimativa moral es algo irreductible a todo ser humano; sin embargo, descubrir o desvelar el perfil estimativo del hombre de hoy nos llevaría, cuando menos, a la imposibilidad de trazarlo, puesto que la complejidad y la coexistencia plural de los mismos hacen muy difícil su caracterización. Además, para intentar llevar a cabo la misma deberíamos justificar desde qué presupuestos antropológicos y morales partimos, así como criticar razonadamente desde qué planteamientos referenciales pretendemos realizar dicha caracterización. Con todo, y reconociendo la dificultad del tema, podemos decir *grosso modo* que el marco axiológico del hombre de hoy día, dentro de un contexto cultural occidental,

está dominado por los valores de una sociedad tecnologizada, claramente positivista, utilitarista, relativista, científicista hedonista, etc., y con una cierta proyección intercultural.

En nuestras sociedades del bienestar está emergiendo un tipo de hombre estresado, lleno de cosas, pero con un gran vacío moral y una sensación permanente de infelicidad o malestar. Es frecuente encontrarse con gente instalada en la queja permanente, gente que se queja del tiempo, del trabajo, de la política, de la familia, de la empresa, de la profesión... Se podría afirmar que el que siempre está en la queja está instalado en el malestar interior. Habría que repensar qué modelo de bienestar hemos conquistado que genera tanta queja..

Valores para una sociedad futura

Los valores ayudan a crecer y a hacer posible el desarrollo de todas las capacidades personales y sociales. Los valores están ligados a la propia existencia, afectan a la propia conducta y configuran y modelan nuestros pensamientos y actos. El problema es que la sociedad actual nos ofrece más posibilidades de vivir los antivalores que los valores.

Por eso, vamos a recoger algunos de los valores que serían, desde la óptica de una ética global⁶⁰ o de una ciudadanía universal, los que podrían modelar, guiar y configurar la mentalidad de los hombres de hoy en día. Éstos son:

– **Libertad:** cada persona debe ser libre para llevar a cabo sus ideales y su proyecto de vida, sin perjudicar, dañar o vulnerar la libertad de los demás. La libertad es uno de los valores más preciados a los que tienen derecho los seres humanos hoy en día.

Igualdad: exigencia de tener total y absoluto respeto para cualquier persona, así como de mostrar tolerancia y consideración para con todos, sin discriminar o marginar injustamente a nadie por algún motivo o razón (raza, sexo, cultura...). Las desigualdades e injusticias sociales son muchas, por lo que defender la igualdad personal y la no discriminación entre las personas debe ser uno de los pilares fundamentales en los que se sustente una ética utópica y universal.

– **Cooperación:** este valor persigue que todos podamos tener una vida digna (educación, vivienda, asistencia sanitaria, etc.), por lo que reclama apoyar y favorecer especialmente la de aquellos que no la tienen o no la puedan tener.

– **Justicia:** es preciso defender la justicia en un mundo donde este valor aparece eclipsado y, en muchas ocasiones, claramente negado. La justicia como valor moral y como derecho fundamental reconoce que todos los seres humanos debemos ser tratados con equidad, es decir, en igualdad de condiciones.

– **Responsabilidad:** junto con el respeto a estos derechos humanos básicos (libertad, igualdad, solidaridad y justicia), existe otro deber y valor, que es el de ser responsables ante el mundo que, particular o generalmente, nos toca vivir.

– **Austeridad:** empezamos a ser conscientes de que lo ilimitado es irreal. Es irreal el crecimiento económico ilimitado, el consumo ilimitado, la vida ilimitada... La conciencia del límite va a hacer emerger un valor postergado y "maldito" para las sociedades de la superabundancia: la austeridad. Como valor público y privado, hemos de volver a estimar que lo superfluo resta posibilidades vitales individuales y sociales. De hecho, desde muchas visiones axiológicas culturales, podemos afirmar que vaciarse de lo innecesario aligera el equipaje para vivir más libre e intensamente la vida.

La vida humana tiene múltiples ámbitos de acción y reflexión, pero son dos los que fundamentalmente nos pueden interesar: el de la exteriorización, en el que nos movemos casi siempre, y el de la interiorización, en el que nos situamos en algunos momentos puntuales de nuestra vida. Es necesario encontrar un equilibrio entre ambos planos de desarrollo personal, con el fin de integrar la aspiración a una vida más digna y feliz para nosotros, sin descuidar ni despreocuparnos por lograr al mismo tiempo una convivencia social más justa para todos y un mundo más saludable en el que habitar.